

CAPTACIÓN

TARG HADALN



RUBÉN LÓPEZ

SAGA CANTOS DE HUESO I

Captación

Targ Hadaln

(Extracto Capítulos 1 a 3)

Rubén López González

(Cantos de Hueso – I)

Título: Captación: Targ Hadaln (Saga Cantos de Hueso I))

© 2025, Rubén López

© De los textos: Rubén López González

Ilustración de portada: Rubén López González

Revisión de Estilo:

1ª Edición

Todos los derechos reservados

ISBN-13: 978-84-09-72286-0

Al Ciervo, la Loba y el Oso



ANTES DE DEJARTE LLEVAR

Lo que tienes entre las manos no es solo un libro, sino la llave a un mundo que está más cerca de ti de lo que imaginas. Esta obra representa mi aportación a la vasta tradición de la fantasía, pero desde una óptica muy particular: la de la gente común, arrastrada a situaciones imposibles.

No te dejes amedrentar por lo que no se cuenta —que es mucho, y llegará poco a poco—, sino por lo que se te va revelando. No importa si algunas cosas quedan en sombras, si hay hilos aún sueltos: todo llegará a su debido tiempo.

Captación es una novela que puede leerse por sí misma, sin necesidad de continuar en la saga. Así serán también las siguientes que irán llegando: independientes pero conectadas. Si eres lector de historias contenidas, esta te hablará. Y si lo tuyo son sagas “más grandes que la vida”, también. Esa ha sido mi pretensión desde el principio.

Solo espero que el mundo que Helna, Gaduwín y compañía están a punto de mostrarte te cautive tanto como a mí me ha cautivado crearlo. Es un lugar extraño, peligroso, pero también increíble. Un sitio donde, a pesar de todo, aún se puede soñar despierto.

Hadaln skurun na monuk varu.

(Tú, en tu viaje, no estarás solo.)

Rubén López

Índice

MAPA 1	13
MAPA 2	14
.....	15
PRÓLOGO	17
PRIMERA PARTE.....	31
Carta Primera de Frikchar Cazaniebla a Akora Llamasombra	35
I – Talona.....	39
II – Costumbres	49
III – La Piedra de Vim Dosmanos.....	63

MAPA 1

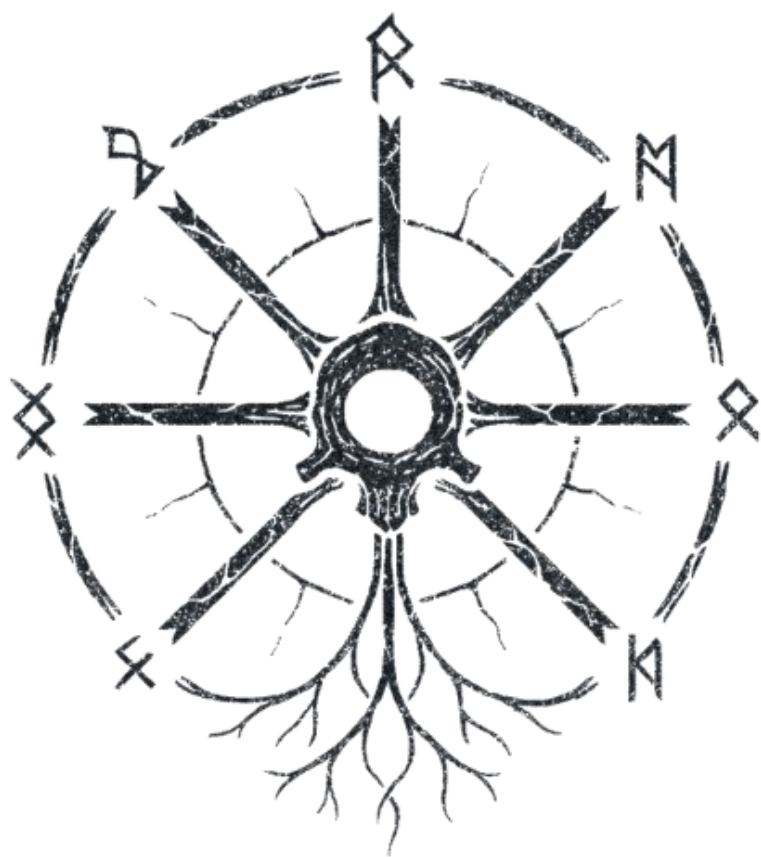
ZONA AL NORTE DE TALONA CON EL PRESUMIBLE VIAJE DEL TARG
HADALN



MAPA 2

MAPA DEL PROTECTORADO DE NONAN Y EL PAÍS VECINO JUNTO
CON EL RECORRIDO DEL TARG HADALN





PRÓLOGO

Minas de Cristal. 350 varas al Noreste de Talona. Varias semanas en el futuro

Cuando Donia Rubati pisó ese suelo por primera vez, pensó que no se diferenciaba demasiado de su tierra natal. El aire olía a limpio, los pájaros trinaban despreocupados y el aroma floral la transportaba a su infancia, a la finca del abuelo, donde se alternaban tardes de asueto con noches de terror. Eran otros tiempos y ella, otra Donia.

El despliegue se produjo sin novedad, como tantas veces ensayado. La mirada de Fibs, su comandante, bastaba para que nadie cometiera estupideces. Había llegado a la atalaya junto al tercer destacamento. Todo parecía desierto, pero ya sabían que hollaban una tierra ajena. Se lo habían dejado claro, tanto en casa como allí. Las órdenes estaban plagadas de tópicos: “cualquier precaución es poca”, “primero asegurar la zona y después desplegaros”, como si Fibs fuera un recluta. Contaban con escasa información sobre la flora y fauna, menos aún sobre amenazas hostiles. Viajaban cortos de personal, mal armados, a contrarreloj. ¿Qué querían? ¿Que todo saliera perfecto?

Los científicos civiles harían lo de siempre: medir, pesar, calibrar y recolectar muestras. Su directriz era no interferir. Si llevas bata: calma. Si llevas uniforme: corre hasta sangrar. ¿Esperaba otra cosa Fibs? Cuando ellos acabaran —y eso significaba cuando Donia quedara satisfecha— comenzaría el verdadero trabajo.

Donia se había recogido su cabello blanco en una coleta improvisada. Lacio, indomable, jamás le pasaba de los hombros. Caminó con las

manos entrelazadas a la espalda, observando el despliegue como si cada segundo fuera una orden visual. Respiraba lento, absorbiendo matices del aire. Le gustaba asociar olores a paisajes; un aroma podía evocar una conversación olvidada o una pesadilla recurrente. Ya no luchaba contra eso. Llorar no servía. Hacía años que no lo hacía. Prefería enterrar los recuerdos oscuros bajo otros nuevos. Se le daba bien.

Alcanzó a Fibs, que observaba en cuclillas desde el promontorio. Era su tercera entrada junto a una sección de tres pelotones. Contando civiles y auxiliares, unas sesenta personas. En cuanto se asegurara la cabeza de playa, la mayoría se iría. Bastaría con un pelotón, algunas torres de vigilancia y un perímetro decente. O eso decían los que nunca abandonaban sus despachos. “Automatizad las defensas. Confiad en la tecnología.” La voz del subjefe rebotaba en su cabeza como una mosca atrapada en cristal. “Asegure la zona como se ha de hacer, Fibs. No me obligue a repetirlo.” ¿Se podía golpear un comunicador y hacer que el golpe le llegara a la cara? Donia lo haría con gusto.

Nadie escatimó advertencias tras sus reiteradas peticiones de refuerzos. No era la primera vez que le amenazaban con consejo de guerra, y se sentiría un fracasado si no ocurría varias veces más. ¿Qué decían los de inteligencia? ¿Desierta pero llena de vida animal? Se comería su muñón si alguna vez acertaban. Luego vinieron las desapariciones. Y los atentados. Fibs opinaba que “desierta y voraz” era más justo.

Un Elemental podría haber creado un perímetro inexpugnable. No lo autorizaron. Un Psíquico habría anticipado amenazas. Tampoco. Solo torretas automáticas. Confía en la tecnología. Punto.

La explanada crujía bajo un manto de hierba verdeazulada y aroma dulzón. Se apilaban cajas metálicas de pertrechos mientras otras se retiraban. El asentamiento parecía expandirse sin fin, sin un propósito claro. ¿Asentamientos perpetuos? ¿Colonos? ¿Comercio? El modelo exportable aún debía demostrar su viabilidad. Y de momento, las dos semanas allí no auguraban nada bueno. Aun así, el trabajo debía hacerse.

—Tercer contingente —dijo Fibs, sin quitar ojo a las tropas. Luego soltó otro de sus estertores de ironía al ver la dotación armamentística—. Traemos tantas defensas que dejaremos desgarnecida toda Madre del Mundo.

Rubati gruñó. Prefería que Fibs lidiara con los superiores. Tenía tacto. —¿Habías visto algo así? —preguntó Fibs, señalando unas ruinas al sur.

Donia pensó que debió ser una civilización poderosa. Arbotantes alineados, restos de una cubierta gigantesca desafiando la gravedad. Un esqueleto de piedra más alto que una torre de comunicaciones.

—Dicen que los ingenieros udhari no tuvieron parangón.

Donia chasqueó la lengua.

—Tampoco se les dio bien sobrevivir.

—No seas tan dura. Nosotros tampoco duraremos mil años.

—No cambia el hecho de que estén muertos. ¿A quién le importa?

La hierba olía a miel congelada.

Fibs sonrió mientras se incorporaba y frotaba el muñón de su mano izquierda, un gesto que hacía cuando pensaba. Una vez, Donia le preguntó por qué no se regeneraba la mano. Fibs solo dijo: “No me hace falta”. Nunca volvió a sacarlo.

—La campa principal estará operativa antes del atardecer. Quedan cuatro ciclos... o eso creo. No sé si el ciclo de Xa es igual aquí. Aún no me ajusto al nuevo ritmo, así que sé benevolente.

Donia gruñó otra vez. Una octava más alta. Fibs se quejaba demasiado.

—Hoy se termina la planta de oficiales, los almacenes, las cocinas. Mañana, el edificio de intendencia.

—¿El sabotaje?

—Grave, pero menos de lo esperado. Ya casi está despejado.

—¿Y nuestro invitado?

—A buen recaudo, esperando "nuestras atenciones".

—No sabe lo que le espera. ¿Querías informes preliminares?

Fibs vio un destello en los ojos fríos de Rubati. Un brillo breve, pero tan feroz como un sol. Sabía lo que eso significaba. La Carnicera de Frontera Centro estaba deseando actuar. La misma mente afilada para la ciencia que para la guerra. Y le encantaba.

Rubati exhaló, satisfecha.

—¿El perímetro?

—Tres patrullas: al norte, al este y tras nosotros. Mossem, Russ y Pernanua...

—Pernanua —corrigió Donia.

—¿Y qué he dicho? Pues eso. Además, tenemos a esos dos —señaló a dos soldados idénticos afilando estacas—. Los gemelos Corihggan. Les huele el aliento a culo.

—No están para besarte. Tienen que cazar. Un poco de carne local alegraría el día.

—Estás muy pesada con la comida. Toda para ti. ¿Llegaron los barriles?

—Creo que son esos —dijo Fibs, señalando los contenedores junto al edificio en construcción—. Faltan más. Hubo lío con la aleación.

—Qué difícil debe de ser encontrar material antirradiación... solo llevamos cuatro siglos con esto. —Rubati se frotó la cara—. Yo lo que quiero es empezar mañana. O perforo el suelo o empiezo a perforar gente.

—Tranquila, Donia. Te vas a hartar. Abre boca con el alma ingrata. Fibs miró hacia el portal. Un grupo cruzaba de vuelta, dejando el puesto de avanzada.

—¿No se queda el Psíquico?

La ventana hexagonal, abierta a otro mundo, se cerró de golpe con un sonido hueco, como el de un tarro al abrirse. El aire frío azuzó la soledad.

—¿Quién lo necesita? —murmuró Donia, enfocándose de nuevo en el campamento. Las ruinas ya no le interesaban. Los edificios rotos eran cosa de Fibs—. Habrá dos comunicaciones diarias. Me da que los que pagan esta fiesta no nos van a quitar el ojo de encima.

—Por todos los dioses, ¿eso te parece normal? ¿Saben el riesgo que corremos? Nos vendría genial un Psíquico, un Elemental, ¡todo el maldito zoológico mágico! Pero no, todos criando culo en los Pastorados.

Rubati se encogió de hombros.

—¿Tan grave es? No veo que estemos peor que otras veces.

—No te faltaré al respeto, Donia. Eres mi comandante y amiga. Pero las tácticas, déjamelas. Yo no tengo tu ingenio, pero sé leer un terreno hostil. Llevamos días en este jodido desierto helado, que se suponía deshabitado, y ya hay bajas. ¿Puedo saber si habrá más? No. Peticiones denegadas. Dicen que venimos a obtener energía, no a gastarla. Así que aquí estamos, luchando con palos mientras ellos brindan con vino desde sus despachos. Y aún debo agradecer una cena caliente porque todo lo demás me ha sido negado.

Donia lo observó con una mueca de satisfacción. Le encantaba verlo así, rabioso. Era su mejor versión.

—¿Qué esperabas, Fibs? ¿Un cheque en blanco? Es ahora cuando sacas ese dragón asesino que llevas dentro y me sorprendes otra vez.

—Mira lo que le debo a ese dragón —dijo, alzando el puñón.

—Da gracias de que no cambien los planes mañana. Con suerte, hallamos una buena veta y cerramos bocas. Al menos estamos juntos. Te podría haber tocado Lavina.

Fibs rebufó.

—No por la Madre... No empeores las cosas. Bastante tengo con el cabrón de Mohomn. No aguanto ni un eructo más de esa... ¿persona? ¿Cuál es su género? No tiene vagina ni corazón. —Pausa teatral. Sonrisa perversa—. “Lealtad de sangre y alma”, ¿recuerdas? ¿Tiene eso Lavina? Te prefiero hasta enferma. Hasta con el aliento de los gemelos. —Soltó aire por la nariz—. Y a ti te podía haber tocado Kaspar.

Donia lo fulminó con la mirada. Estuvo a punto de estamparle un puñetazo o regalarle otro puñón. Pero se contuvo. Reservaba esa energía para perforar cosas.

—Déjate de dioses cabreados y capullos arrogantes. Si necesitas suerte, reza a Metis o a la Madre. —Cerró el tono—. Mantenme informada. Intentaré averiguar por qué desaparece la gente antes de que nos larguen. Tú encárgate de que no se caiga nada. Y suerte con la caza. Su voz volvió al modo comandante. Disfrutaba conversando con Fibs, pero eso ya había durado demasiado. La mujer se dio la vuelta para irse.

—Quiero recorrer las ruinas. Necesito aire —dijo él, tratando de canalizar su rabia.

Donia lo meditó mientras descendía de la atalaya. Se detuvo un segundo, negó con la cabeza sin volverse, y siguió andando.

Fibs se acuclilló. A sus pies, el cinturón y el bastón. Se los ajustó con precisión. Uniforme negro impoluto. Herramientas listas. Bastón en mano. Se encaminó hacia las ruinas, contemplando la espina dorsal de piedra que se alzaba ante él.

¿Cómo demonios se sostiene esa mole sin nada de metal?

A medida que se acercaba a la gran estructura, Fibs reparó en otros grupos de escombros que claramente habían sido edificios secundarios. Un entramado de calles abiertas entre las ruinas sugería que alguna vez allí hubo una gran ciudad. El campamento hervía de actividad y el ruido de su frenesí se disipaba a medida que él se internaba en el cementerio de piedras.

Fibs haría lo que mejor se le daba: explorar e interpretar lo explorado. Su mayor pasión y su debilidad. Se entregaba tanto a la investigación que se le olvidaba comer, reportar, atender a subordinados o recordar que estaba furioso. Tanto daba si caían bombas o si el lugar parecía abandonado. La exploración le había dado sus galones. También le había costado la mano. No le importaba. No la necesitaba.

La hierba olía a miel congelada y putrefacta.

Las piedras, heladas como el entorno. En cuanto cayera la noche y Xa desapareciera, el frío sería terrible. La explanada del campamento, verdeazulada como un tapete de fantasía, era el único terreno viable, rodeado de montañas, hielo, nieve y ruinas. Estaban al norte del planeta. No tan al norte como para tanto frío, pero así era Aru: tres partes de hielo, una de tierra libre.

Cuando Fibs alcanzó el frontispicio del edificio principal, se estremeció. Desde lejos, era imponente. De cerca, colosal. Se sintió ridículo. Insignificante. La civilización udhari debió ser admirable, quizás temible. “Grandes constructores. Semidioses. Constructores

semidioses muertos y bien muertos”, decían los eruditos. Menos eso último, que lo decía Donia.

Según las leyendas, eran hijos directos de la Madre, con la sangre de los Mil Dioses en sus venas. Esas venas estaban ahora secas, extintas, olvidadas. En su país natal, Madre del Mundo, su historia era parte del folclore. Más allá, nadie los conocía ni les importaban. Bastante tenían con sobrevivir entre las sobras de los países ricos. Las leyendas tal vez no fueran ciertas, pero su ingeniería, sí. Mejor no revolver cuentos. Estaba demasiado lejos para ellos. Y los cuentos, al fin y al cabo, eran eso.

Fibs cruzó la entrada y llegó a la nave principal.

Miró a izquierda y derecha. Las naves laterales, menores, eran lo bastante grandes como para alojar un titán. ¡Y esas eran las pequeñas! Alzó la vista. La espina dorsal de piedra negra observaba con orgullo atemporal. Si caía, provocaría un seísmo. Avanzó por la nave central abriéndose paso entre marañas de enredaderas verdeazuladas que lo devoraban todo como hongos en una piel herida. El aire era más denso allí, como atrapado.

Pequeñas nubes de insectos flotaban en cardúmenes que se apartaban de su paso. ¿Insectos de hielo? Nunca había visto algo así. Carámbanos colgaban por los laterales, como glaseado sobre un pastel colosal. En muchas zonas, el suelo crujía y resbalaba. Aquella parte quedaba en la umbría; la temperatura se desplomaba.

Fibs se frotó el muñón metálico con la mano enguantada, buscando algo de calor. Apenas una molestia. El frío, los insectos, los burócratas: nada importaba. Caminar por aquella mole de piedra y mito olvidado lo valía. Y si costaba más, también lo pagaría.

Al fondo del edificio se adivinaba un ábside semicircular. Fibs lo identificó enseguida como un centro ceremonial, una zona

privilegiada. Tal vez un templo a la Madre o consagrado a otro Aerin importante: ¿Metis, Kuitier, Mohomn?

Un lugar para ofrendas, casamientos, nacimientos. Fibs no sabía si los udhari adoraban a más de una deidad, pero tenía sentido que, incluso siendo considerados semidioses, necesitaran espacios de reunión. Ninguna sociedad compleja que conociera había prescindido de ellos. Quizá un poco más pequeñas que esta mole.

Algunos tramos del ábside seguían en pie; otros se habían derrumbado, abriendo paso a más calles medio enterradas y ruinas dispersas. Si tuviera un maldito dron ya tendría todo mapeado, renderizado, recreado. Sacudió la cabeza. Mejor concentrarse en lo que sí tenía.

La hiedra verdeazulada rompía el hielo en múltiples puntos, como si usara el hielo en lugar de tierra. Una planta resistente, como las del norte de Jamir, donde árboles blancos y arbustos florales crecían directamente sobre el hielo. Donde alcanzaba la luz, la hiedra brotaba con racimos de frutos rojos en forma de cono, del tamaño de un puño. Fibs arrancó un racimo. Chafó una perla entre los dedos. El líquido escarlata le resbaló por la palma. Olía dulce, embriagador. Probó una gota. Dulce. Con un leve cosquilleo. Acolchonamiento en la lengua. Sutil, placentero. Pero no insistió. Escupió. Comer la primera planta que uno encuentra no suele acabar bien.

Tiró el racimo y lo pisó. Las perlas estallaron en el hielo. Le pediría a los auxiliares que las estudiaran. Tal vez se destilara un buen licor.

Las paredes del ábside conservaban símbolos que Fibs no comprendía. ¿Qué esperabas? Aquí no vas a encontrar la historia de una civilización traducida para ti. En la exploración nada es evidente. Nada es gratis.

Los signos eran cortes cruzados: líneas longitudinales, otras transversales, a veces rematadas en cuadrados o semicírculos. Dispersos por varias zonas. Sin patrón aparente.

Fibs alzó el muñón a la altura de la boca. Pulsó el metal con un dedo. Una tenue luz verde pálido brotó del implante, formando dos líneas de puntos. Parpadearon con calma. Indiferentes.

—Acceso a grabaciones. Nueva entrada. Nota personal no oficial, código PF12-24. Sin autorización para monitorizar. Día 19 de la expedición —hizo una pausa, aclaró la voz—. Hora 16 de Xa, desde Aru. Recorriendo estructura probablemente udhari, como indicaron los exploradores. He localizado inscripciones interesantes en el ábside. Procedo a escanear.

Fibs alzó el brazo. Un doble haz de luz verde emergió del implante, proyectándose sobre la piedra en dos líneas paralelas. Caminó despacio, dejando que la luz recorriera cada grieta.

La luz parpadeó. Su muñón vibró.

—¡Por los Mil Dioses, joder!

Interrumpió el escaneo con un toque. Sonó estática.

—Espero que sea importante. Estoy ocupado.

La voz llegó desde el comunicador.

—Nos dijo que lo avisáramos si veíamos algo... comestible o curioso.

—¿Y?

—Gutts persigue una criatura marrón, orejas gigantes, pega unos saltos que flipas. Cincuenta libras, comía flores. Debe saber a flores.

—Al grano, Russ.

—Perdón, señor. También hemos visto movimiento. Parece una patrulla o grupo de exploración. Tres individuos. A veinte clics. Se dirigen hacia nosotros.

—¿Asentamiento?

—No lo parece.

—Podrían estar ligados a nuestro invitado...

—¿Órdenes, señor?

Fibs se sobó la barba, irritado. Malditos informes. Si la zona hubiera sido declarada habitada, no los habrían emplazado en medio de una ciudad. Cuando Donia se enterara, estallaría.

—No les perdáis de vista. Si se acercan demasiado, ya sabéis qué hacer. Vivos. Sin sorpresas. Y silencio por radio salvo que llegue un ejército de demonios de fuego. ¿Todos tienen las órdenes?

—Roger, señor —respondieron en cadena.

La comunicación cesó. Fibs suspiró.

Que sean solo tres...

Reanudó el escaneo desde donde lo había dejado. Avanzaba con cuidado, más pendiente de no caerse que del aparato. No había prisa. Completó sesenta varas y pausó. Reanudó la grabación:

—Borrar entrada anterior. Nueva nota PF12-24. Escaneado completo del ábside. Inscripciones distribuidas en varias zonas. No reconocidas como udhari. Posible dialecto o simbología local. Datos enviados a mi unidad. Prosigo hacia las naves laterales.

—Voy a investigar una hora más. Quizá encuentre símbolos más claros o iconografía útil. Luego, puede que lance uno de mis drones personales para escanear el complejo. Son lentos, pero no tengo mejores recursos. A no ser que la jefa me preste los suyos. Ama esas cosas como si fueran hijos. Intentaré seducirla. También conviene recolectar los frutos rojos. Podrían valer para licor. Sería una buena noticia por una vez...

Fibs cortó la grabación, organizando mentalmente los pasos. Encendió su linterna de bolsillo. La luz iluminó el polvo en

suspensión. El techo allí estaba mejor conservado. La luz de Xa se filtraba por pequeños orificios. Un ambiente húmedo, lúgubre. Las estancias eran amplias, poco aptas para ceremonias. Calentar ese espacio debió requerir una barbaridad de energía. Energía, siempre energía.

En las zonas oscuras, la hiedra era más negra y gruesa. Sin frutos. Avanzó hasta un promontorio con lo que parecía un altar o púlpito. La arquitectura cambiaba: bóveda de ojiva, pináculos distintos al resto. Fibs lo escaneó todo mientras ascendía.

Llegó a la parte oculta del altar, donde se colocaría un oficiante. Miró al suelo. Escaneó. Al agacharse y observar la base, se estremeció.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Irresistible.

—Jefa, esto te va a poner cachonda.

.

Mientras tanto, a cientos de clics al sur y unas semanas antes, en una tierra más pobre pero no menos dura, nadie sabía que los primeros pasos de una invasión ya habían hollado el planeta.

En Talona, solo importaban el hielo, el tiempo y la costumbre. Pero algo —algo antiguo y profundo— ya se removía bajo la tierra.

PRIMERA PARTE

Talona *El fin de los comienzos*

II

HUBO SIETE VECES
EN QUE EL COSMOS PIDIÓ AYUDA.
SIETE DIOSES,
SIETE PACTOS,
SIETE SILENCIOS IGNORADOS.
EL OCTAVO...
NO PIDIÓ NADA.
Y POR ESO SE LE ESCUCHÓ.

(FRAGMENTO APÓCRIFO DE “EL OCTAVO SILENCIO” ATRIBUIDO A KOEL
VIVAR DE ARUKARTA

HERÁLDICA DE LA MAGIA ANIMISTA



Carta Primera de Frikchar Cazanibla a Akora Llamasombra

Año 3789 d. H. (después de la Hija) de la cronología de Aru

Año 4566 d. H. de la cronología de Teru

Primavera. Día 36 del mes Dicsis

Ni siquiera me he despojado de las ropas de viaje y ya estoy sentado en mi escritorio, escribiéndote. Ha sido una pena no haber podido verte estos días que he pasado en tu ciudad. Me hubiera gustado batallar contigo en una de nuestras interminables charlas. Pocas personas son capaces de arrinconarme con su dialéctica y tú eres una de ellas. Bueno, eso ya lo sabes. Y con esto dejo de adularte, sé lo poco que te gusta y lo mal que se me da.

Tengo ganas de comenzar el tratamiento de Igen, aunque imagino que el resultado será similar al anterior. Es complicado obtener distintos premios con las mismas recetas. Lo sé, casi puedo escuchar tus refunfuños al leer esto. Sé que estás harta de explicarme que los beneficios llegan con el tiempo. Por la misma razón no te aburriré explicándote cómo interpretamos eso por aquí. Y, por cierto, qué manera de conversar la del bueno de Kharis. ¿Aun le seguís llamando el Luminoso? ¿Cuántos años tiene ya ese hombre? Diría que mucha luz no le queda, aunque su mente sigue en plena forma. Ya que tú no estabas, su compañía ha sido de lo más agradable. Y que sepas que me ha contado varios chismorreos jugosos sobre ti. Ya hablaremos de ellos.

Siento ponerme serio, pero entenderás que el motivo de esta carta no es solo para decirte que he llegado bien a Talona. El camino desde Sogona sigue tan abrupto como siempre y mis huesos lo acusan, eso es todo lo que comentaré al respecto. Ya sabes en qué entretener a tus ingenieros. De lo que quiero hablarte es de un par de cosas. La primera es sobre ese ceremonial antiguo del que te hablé, el Targ Hadaln. He estado sembrando la semilla de su existencia por el pueblo días antes de salir en tu encuentro y me parece que tengo un adepto a mi causa. Ese movimiento puede que desencadene lo que buscamos y suponga el tan necesario acicate que cambie las cosas. Espero jugar bien mis cartas y que los acontecimientos se precipiten según hablamos, aunque sigo creyendo que hay medios menos expeditivos para educar a nuestros jóvenes. Son tus designios, no los míos. Ya anotaste mi protesta, lo sé, aunque de poco sirvió.

Lo segundo te imaginarás lo que es. Necesitamos más presencia militar en Talona. Aquí se tiene la sensación de que importamos muy poco a la capital y ya sabes cómo se las gasta Igen con esto. Empieza a hablar de sus galones y de épocas que no volverán, lanzando su clásica espiral de paranoia. Vamos, que con una decena de hombres nos apañamos y así me evitas explicarle de nuevo que nadie va a secuestrar a nuestras mujeres.

Igen es Igen. Pero te confieso que yo no me siento seguro tampoco. Se oyen rumores crecientes y el bueno de Kharis no ha sido capaz de desmentirme nada. ¿Estamos a salvo, Akora? ¿Prometes que no habrá desapariciones? ¿Eres capaz de asegurármelo? Espero que estés en lo cierto y solo sean rumores. Y espero que aciertes también con el Targ Hadaln.

Mi cuerpo pide descanso y mi garganta cerveza. Voy a brindar esta noche a tu salud, no lo dudes. Cháterlin te manda recuerdos y besos,

igual que Mara, desde el regazo de la Madre. Cuídate mucho y espero que coincidamos pronto.

P.D. No me olvido de la búsqueda del Águila. Le pongo empeño, pero sabes que mi magia no es nada poderosa. Pero me conoces y sabes de lo que soy capaz. Seguiré tu receta y te informaré.

Siempre tuyo, Frikchar Cazaniebla

I – Talona

Región de Punta Dormida. Norte del Protectorado de Nonan. En la actualidad

Edvin había crecido subido a ese roble. Desde niño escapaba ahí del perro rabioso de Mirana y de los hijos salvajes del carnicero. Ahora, a sus diecisiete años, el árbol era su refugio favorito para alimentar sueños oscuros y secretos inconfesables. Primero Mirana, veinte años mayor y con una sonrisa que evocaba pensamientos que no habría compartido con nadie; ahora Cháterlin, cuyos ojos verdes y cabello ondulado ocupaban todas sus obsesiones.

El roble presidía la plaza del pueblo y ofrecía sombra a quienes soportaban los escasos días calurosos en Talona, muy al norte del Protectorado, expuesto a los vientos glaciales. Edvin leía aburrido el Tratado Geográfico del Alto y Bajo Nonan, aunque la proximidad de los exámenes finales le obligaba a fingir cierto interés. Su mente divagaba entre los afluentes del río Punta de Flecha y las curvas hipnóticas de Cháterlin. "Algún día será mía", se decía con una convicción fría, calculadora. Imaginaba un futuro en que ella, sonriente y dócil, le esperaba con la cena lista y un beso en los labios. "¿Qué más podría pedir una mujer como ella?" pensaba, convencido de la sensatez de sus deseos. Era tan perfecto como inevitable, salvo cuando cometía el error de compartir esos pensamientos con su hermana Helna.

Una pequeña piedra le golpeó el hombro y lo sacó de sus ensoñaciones. Miró hacia abajo con fastidio.

—Disimula, idiota. Tus babas van a llegar al río —dijo Helna, poniendo los ojos en blanco antes de seguir su camino.

Edvin reprimió un impulso fugaz de lanzarle el libro a la cabeza. Ya no era un niño, y esos juegos infantiles de fastidiar a su hermana habían perdido su gracia. Aunque en el fondo sabía que, algún día, cuando lograra todo lo que deseaba, también podría ajustar cuentas con Helna. "Cada cosa a su tiempo", se repitió.

Vio a su hermana reunirse con Cháterlin en el porche de su casa y decidió rápidamente que debía espiar esa conversación. "Seguro que hablan de mí. Debo aprovechar cada ventaja", pensó, bajando ágilmente del roble. Al tocar el tocón cortado en la base susurró mecánicamente:

—Siempre aquí. Siempre contigo.

No recordaba cuándo había empezado aquel ritual absurdo, pero era una obligación familiar, y Edvin era práctico: cumplía lo mínimo necesario para mantener las apariencias.

La casa de Frikchar Cazaniebla, el padre de Cháterlin, tenía forma cilíndrica, como todas las del pueblo, con una única puerta de entrada y varias ventanas que dejaban pasar la luz al interior. Podía alojar cómodamente a una familia de seis miembros. Este tipo de construcción, circular y con tejado de madera acabado en punta, era común en Talona y en los pueblos cercanos. Cada vez que alguien precisaba una nueva vivienda, el pueblo entero colaboraba en su construcción, heredando esa tradición comunal de los antiguos udhari.

Frikchar era importante en Talona, no solo por su papel como chamán y curandero, sino porque su posición otorgaba un estatus especial a su familia. Cháterlin sabía esto muy bien, y disfrutaba del prestigio y de

las comodidades asociadas a ser hija del chamán, preocupándose especialmente por mantener esa imagen. En contraste, Helna veía más allá de esa vida cómoda, anhelando trascender los límites del pueblo. Ambas estaban sentadas en el porche, bajo el voladizo del techo. La conversación fluía animadamente hasta que Cháterlin vio el hueco perfecto para hablar del verdadero tema que la inquietaba.

—No es que me agobie. De hecho, hago todo lo posible por no agobiarme. Tengo hasta el fin del verano para decidir, pero quiero dejarlo todo bien atado antes. Ya conoces a mi padre; como me vea dudar, decidirá por mí —comentó Helna con seriedad.

—¡Padres! Siempre tan decididos —dijo Cháterlin entre risas.

—Tu padre es diferente, Chat. A veces intimida con esa mirada severa y esa barba rizada, pero no sé qué haría este pueblo sin sus consejos.

—¡Eso mismo quería decirte! —Cháterlin agitó sus manos emocionada por encontrar su momento—. No tienes ni idea de cómo es vivir con él. Por las mañanas es insoportable, y cuando está ocioso es peor todavía. "Chat, ¿por qué haces esto? Chat, ¿por qué no haces aquello?" Créeme, Helna, no sabes lo que es.

—Sí, ya me lo has dicho alguna vez.

—Porque es cierto. Y peor ahora que le duele... ya sabes... ahí.

—¿Ahí?

—Sí, Helna, ahí detrás, cada vez que hace de vientre —dijo Cháterlin con cierto rubor.

—Pero si es el chamán de Talona, ¿no puede hacerse él mismo algún remedio?

—La semana pasada, en la celebración de los Barbahueso, se quedó más rato del que debía honrando la casa nueva con su mejor "repertorio".

—¿Repertorio? —Helna hizo un gesto simulando beber.

—Exactamente. Nosotras nos fuimos pronto, ¿recuerdas?

—Sí, vinimos aquí.

—Pues después tardó más de dos horas en regresar. Se hizo de noche y tuve que recogerlo del parterre de azaleas frente a casa. Todavía puedes ver la silueta en el suelo. Me preocupa mucho —confesó Cháterlin con un suspiro resignado.

Helna asintió con empatía.

—A pesar de todo, tu padre es un hombre indispensable en esta comunidad. Ha salvado a muchos de acabar con la Hija, y no solo por sus poderes.

—¿Indispensable? Se nota que no vives con él. Eso es lo que más me irrita, que cuando está sobrio admite que tiene un problema, pero luego se deja llevar. Al menos nunca se vuelve violento.

—Porque es buena persona, Chat. Entre todos lo cuidaremos, no lo dudes —sentenció Helna—. Por cierto, ¿hoy no estará por ahí...?

Helna volvió a hacer el gesto de beber y Cháterlin negó con la cabeza sonriendo.

—Después de lo de la semana pasada, no correrá peligro en una temporada. Ha ido a Sogona esta mañana en busca de un remedio urgente. No sé si encontrará Hueso de la Madre, casi no queda, pero prometió intentarlo.

—No me importa esperar —dijo Helna pensativa.

Mientras, Edvin, escondido tras el corral, urdía su propio plan al escuchar la conversación. Las leyendas hablaban de vetas abundantes de Hueso de la Madre al norte, más allá de la tundra. Aquella información era perfecta para conquistar a Cháterlin y demostrar su valía. Abandonó silenciosamente su escondite decidido a encontrar ese preciado material.

Las chicas, ajenas al espionaje, continuaron charlando.

—Tengo que tomar la decisión antes de que acabe el verano, como te he dicho. Pero valoro mucho la opinión de tu padre.

—Estudiar en Sogona sería fantástico para ti. Allí sucede todo lo importante. Podrías hacer contactos valiosos para nuestro pueblo.

—Lo sé. Todos me lo dicen —Helna suspiró y se cubrió la cara con las manos.

—¿Ves? Ya te estás agobiando.

—Porque quiero estar allí y aquí, ayudando a Igen. Me ha ofrecido un puesto, ¡a mí, Chat, con mi edad! Incluso habló con mis padres. Eso complicó las cosas.

—Jamás entenderé qué le ves a la política.

—Precisamente eso es lo que me fascina, Chat. No hay mejor forma de salir del pueblo, conocer mundo y ayudar a nuestra gente. Este lugar se me queda pequeño. ¿Sabes todo lo que ignoramos por vivir aquí encerrados? —Helna tenía fuego en la voz.

Cháterlin, en cambio, no compartía esa inquietud. Para ella, Talona y la comodidad que brindaba su posición eran más que suficientes.

—Quédate a cenar —propuso Cháterlin con una sonrisa pícar—, así te enterarás de primera mano por qué más ha ido mi padre a Sogona.

—¿Aparte de lo obvio?

—Sí. Dijo que iba a encontrarse con alguien muy especial. ¿Adivinas quién?

Helna, llena de curiosidad, ahogó un grito de emoción al comprender.

—¡Akora Llamasombra!

La sola idea de que Frikchar estuviera con la famosa decana despertó en Helna una emoción incontenible. Su decisión estaba casi tomada.

—¡Claro que me quedo a cenar! —afirmó decidida.

De vuelta a casa, Evangel le cortó el paso a Edvin. Un "¡Hola, Edvin!", acompañado de una sonrisa radiante y rebosante de dientes, fue suficiente para arrancarlo de sus pensamientos.

—¿Qué haces? ¿No ibas a estudiar? ¿Quieres que estudiemos un rato juntos? ¿Vas para casa? ¡Qué día más bonito, ¿eh?! —disparó sin pausa.

Así era Evangel: inagotable, incisiva, y con una voz que parecía diseñada para perforar la paciencia. No era alta, ni guapa, ni destacaba por su físico. Pero era inteligente, mucho. Una mente afilada que chocaba de frente con su cuerpo escuálido y su eterno parloteo. Edvin, por su parte, no podía evitar observarla como se observa a una mosca en un cristal: con resignación y una pizca de interés malsano. Evangel estaba completamente enamorada de él desde siempre. Y Edvin... bueno, no la descartaba del todo. Si el mundo se acababa, y todas las demás opciones fallaban, quizá. Su cuerpo no le preguntaba por prioridades; bastaba con que fueran mujeres.

—Pues si vas para casa te acompaño. Hace una tarde increíble, ¿no crees? Bueno, eso ya lo he dicho —se corrigió, riendo sola—. Este verano va a ser de los calurosos, lo presiento. ¡Voy a bañarme todos los días! ¿Vendrás? No soporto el calor, y aquí no estamos preparados. En el sur sí, claro, allí hace calor todo el año, pero aquí...

Edvin resopló, tratando de escapar con el paso. No le funcionó.

—¿Qué quieres, Evangel? Estoy liado.

—¿A dónde te llevan tus pasos? ¿Necesitas ayuda? ¡Estoy libre! Solo tienes que decirlo.

—Cosas mías. Tengo que ir a casa a preparar... algo.

Por un instante, Edvin pensó en contarle su plan. Tener un testigo, alguien que confirmara su hazaña después, que lo recordara como el

visionario que fue. Pero era Evangel. Y Evangel era como un tambor con patas. Nada quedaba dentro. Ni los secretos, ni las pausas.

—He terminado mis tareas, ¿sabes? Me sé el temario de geografía de carrerilla. El maese Helio va a estar orgulloso de mí. ¿Tú cómo lo llevas? ¿Vas a ordenar tu habitación? ¿Quieres ayuda? Cuatro manos mejor que dos, ¿no crees? ¿Pido refuerzos? Los hermanos Aliento Mortal seguro que están disponibles. Al menos tres. ¿Voy por ellos? Edvin la detuvo en seco, posando las manos sobre sus delgados hombros. Pese al contacto, no sintió nada más allá del hueso. Ni calor, ni impulso.

—Ev, de verdad. Tengo prisa. Otro momento, ¿vale?

—¿Qué misterioso estás? ¿Has quedado con alguien? ¿Alguien que yo conozca? Sabes que puedes confiar tus secretos conmigo...

—En serio, Evangel. Otro momento. Estoy haciendo algo importante. Algo que va a cambiar este pueblo... y mi vida.

Lo dijo en voz baja, con una chispa en los ojos que Evangel, distraída, no llegó a notar. Si no hablaba ella, rara vez atendía.

—¿Y Helna, dónde está?

Perfecto. Nuevo objetivo. Adiós, Evangel.

—Está con Chat, en su casa.

—Pues me voy a verlas. Recuerda, si necesitas algo, ¡pídelo!

—Serás la primera —murmuró Edvin, sin mirarla.

Ella le regaló una de sus sonrisas más brillantes. Los dientes, casi perfectos. Ojos azules chispeantes. Evangel, con unas cuantas arrobas más, hasta podría ser deseable. Agitó la mano en un gesto más parecido a espantar moscas que a despedirse, y se alejó dando pequeños saltos.

Edvin suspiró aliviado. Tenía que moverse antes del anochecer.

Evangel, por su parte, no había dado veinte pasos cuando se detuvo en seco. Algo no cuadraba. Edvin no era así. Él no se guardaba cosas. No era el tipo misterioso. Y esa era una de las cosas que más amaba de él: su sencillez, su transparencia. Hasta hoy.

Talona era un pueblo pequeño, donde los roles se reparten al nacer. Para muchos, Edvin tenía reservado el papel del granjero, el joven que jamás abandonaría el hogar. Para ella, era más. Era el chico que la llamaba “heredera de Talona” en tono burlón, y eso significaba algo. Significaba conexión. Significaba destino.

Cada gesto de Edvin, cada palabra o silencio, era para Evangel una promesa velada. Incluso ahora, al rechazarla, sentía que la estaba poniendo a prueba. Y ella pensaba superarla.

Decidida, giró sobre sus talones. Lo seguiría. Tal vez descubriese algo útil, algo que contar a las chicas. Un buen chisme. Mejor aún: una revelación.

Se escondió tras los sicomoros del camino a la granja. Desde su escondite, vio cómo Edvin revolvía cosas dentro de casa, solo. Sus padres no volverían hasta el anochecer. Perfecto. Tenía tiempo. Tras un rato, salió con decisión, rumbo al norte. Evangel lo siguió con cautela, sin dejar de pensar: “¿Qué estás tramando, Edvin? ¿Por qué al bosque? ¿Por qué al Yermo?”

De pronto, se detuvo. Se tapó la boca.

—¡Por los Mil Dioses! —susurró.

Ya no podía seguirlo. Tenía que contarlos. ¡Las chicas tenían que saberlo!

Corrió con todas sus fuerzas hasta el roble central. Allí estaban Helna y Cháterlin, relajadas, jugando a las cartas entre risas. Cuando Evangel llegó, jadeando y agitando las manos, ambas la miraron entre divertidas y alarmadas.

—Hola, Ev. ¿Te unes? —preguntó Cháterlin.

—Acabamos de empezar —añadió Helna.

Evangel negó con las manos, sin aliento.

—Me encanta el taco robado, pero si empezamos ahora, se nos hace de noche. Además, he venido por otra cosa...

Respiró hondo, levantó el dedo dramáticamente y soltó:

—¡Edvin se ha ido al Yermo!

II – Costumbres

Nadie iba al Yermo. Y menos se quedaba en él a pasar la noche. Existían infinidad de zonas boscosas mucho más amigables. El Yermo no era otra cosa que un área vacía, desolada, al borde del antiguo territorio udhari, donde confluyen todas las corrientes de los glaciares. Un lugar tan inhóspito que cualquiera que se adentrara sin preparación terminaría congelado hasta el alma. Por suerte, hacía décadas que nadie cometía semejante estupidez.

Había rutas más seguras. Por ejemplo, caminar al suroeste, cruzar la prefectura del Bosque de Yuna, bordear la frontera y alcanzar el paso de los glaciares por el norte de Tedrid. Incluso se contaban historias sobre un paso secreto por las montañas, conectando el sur del Istmo de Aru con las tierras del norte. Pero nadie había logrado trazar un mapa fiable de esa ruta.

El planeta Aru llevaba congelado en tres cuartas partes desde tiempos ancestrales. Solo quedaban zonas habitables separadas por inmensos glaciares. El sur ofrecía caminos accesibles, donde las caravanas cruzaban por la tundra. Aunque los ríos fluyeran entre hielo, aún se podía beber de ellos, y transitar con carretas.

Ninguna de esas opciones fue la que eligió Edvin.

Él quería algo más rápido. Más directo. Aunque fuera más peligroso. Su ruta cruzaba el corazón del Yermo. Los cuentos hablaban de Vim Dosmanos, explorador pavalano y fundador de Talona, que entró con ambas manos y salió con ninguna. Su historia estaba grabada en una piedra solitaria, en mitad de aquel páramo.

Monstruos helados, felinos del tamaño de casas, osos con garras de hielo, y criaturas sin cuerpo, invisibles hasta que ya era tarde.

¿Leyendas? Edvin esperaba que sí. Pero sabía que todo mito nace de algún temor verdadero.

Mientras él se adentraba en el bosque invernal del Yermo, Evangel detallaba con entusiasmo lo que había visto, sin reparar en la tensión que provocaban sus palabras.

Helna no dejaba de moverse por el porche. Había abandonado las cartas. Cháterlin la seguía con la mirada, preocupada.

—¿Cómo se le ocurre esa insensatez? ¿En qué estaba pensando? ¿Qué hago? —preguntaba Helna, desesperada.

—¿Avisamos a tus padres? —sugirió Cháterlin.

Helna negó con la cabeza y con las manos, tajante.

—Podemos ir a buscarle —propuso Evangel con decisión. Si alguien decía que sí, ya estaría en camino.

—Queda una hora de luz. Para cuando pusiéramos un pie en el Yermo, ya sería de noche. Buscarlo así sería inútil —dijo Helna, mirando al horizonte.

—Mi padre tiene que estar a punto de llegar. Él sabrá qué hacer —dijo Cháterlin.

—Y seguro que avisará a los míos —añadió Helna con amargura.

—Puede ser —concedió Chat—, pero Edvin ha sido el insensato, no tú. No te pueden hacer responsable.

Helna se giró hacia ella, entre dolida e incrédula.

—¡Por la Gracia de la Madre, Chat! Sabes cómo funciona esto. Soy la hermana mayor. ¿Qué nos dicen siempre? Que cuidemos de los sinrazón. No basta con querer que las cosas sean diferentes. Si le pasa algo, me lo cargarán a mí. Como aquella vez que...

Se detuvo. No terminó la frase. Las otras dos la miraron en silencio. Helna tenía razón. En Talona, la responsabilidad se asignaba por orden de nacimiento. Una tradición tan arraigada como el culto a la

Madre. Si un hermano menor cometía una imprudencia, la culpa no era solo suya. El mayor cargaba con ella. En familias numerosas, eso era una condena vital.

—Maldito seas, Edvin —murmuró Helna—. Justo ahora, cuando todo estaba encajando...

—Tal vez no esté todo perdido —dijo Cháterlin, señalando discretamente hacia la calle principal.

—Tiene razón —asintió Evangel—. Seguro que él podrá ayudarte.

—Y nosotras también —dijo Cháterlin, firme.

—Sí, eso... nosotras también —repitió Evangel, bajando la voz pero con determinación.

Con paso tranquilo, Frikchar Cazaniebla regresaba a casa. Llevaba un libro bajo el brazo, las manos en los bolsillos, y silbaba una vieja nana infantil entre saludo y saludo. Su andar despreocupado era un disfraz. Cualquiera que no lo conociera podría creerlo indolente. Pero Frikchar, el chamán de Talona, nunca dejaba de observar, de deducir. Su serenidad no era pasividad; era cálculo.

"Nada sana si no se roza antes el límite", decía. Aunque sabía que una infección en el hueso podía ser letal, para él esa metáfora era válida: solo en el borde del colapso se revelaban las verdades. Con una sonrisa perpetua en los labios —más molesta que reconfortante para muchos— asumía su rol como guardián espiritual, curandero, diplomático en las sombras y, para algunos, hechicero de verbo afilado. Nadie sabía cuánto había vivido, ni qué secretos guardaba. Solo que siempre parecía saber más de lo que decía.

Cruzó la valla de su propiedad como si el mundo no pesara, y se detuvo. Observó a las tres muchachas: Evangel de pie, Cháterlin expectante, y Helna, un torbellino nervioso. Se agachó, recogió una

flor amarilla y la olió con solemnidad. Para él, oler una flor era una pausa sagrada. El mundo podía esperar.

—Helna. Evangel. Chat —dijo, nombrándolas con suavidad, como si les hiciera un conjuro. Acompañó cada nombre con una leve inclinación de cabeza—. Me alegra veros en esta preciosa tarde. Espero, por vuestro bien, que no hayáis esperado demasiado. Odio hacer esperar.

—Papá, ha pasado algo —soltó Cháterlin.

—Eso espero —respondió él, alzando una mano para calmarla—. Sería muy preocupante veros así por nada. Tendría que recurrir a cierto Prado que guardo para situaciones... extremas —alzando el libro con tono teatral—. Soy tus manos sobre el barro. Oberus. Obra menor, pero luminosa.

—Voy a dejarlo dentro y a refrescarme. No tardaré.

Y, sin más, desapareció dentro de la casa. Las chicas se quedaron perplejas.

—Era de esperar —murmuró Chat.

Siguieron minutos de suspiros, trinos, pensamientos caóticos. Evangel divagaba, intentando recordar lo que Edvin le había dicho. Helna y Chat trataban de no estallar.

—Me dijo... algo así como que iba a cambiar la historia del pueblo y la suya. Eso fue —soltó Evangel, al fin.

Las chicas no sabían si eso era una pista o un acertijo más.

En ese momento, Frikchar reapareció, fresco y calmado. Se sentó en una hamaca y miró al roble de Edvin.

—Este chico nos va a dar muchos dolores de cabeza. Imagino que esto solo es el principio.

—¿Nos has escuchado? —preguntó Chat.

—No, hija. Pero no hace falta. Cotillear es vulgar. Observar, deducir, ensamblar piezas... eso es arte.

Explicó, uno por uno, cómo había leído la escena. La postura de cada una, el estado de Helna, la posición de Evangel. Había deducido que Edvin estaba en el centro del problema, que se había ido, y que Evangel había sido la portadora de la noticia. Sin necesidad de escuchar una sola palabra.

—Y vosotras —añadió señalando a Helna y Chat— habéis sido su detonante. Porque Edvin ha estado aquí, escuchándoos, ahí mismo, tras el gallinero.

Helna corrió a comprobarlo. Volvió blanca.

—Nos ha escuchado. El muy...

—¿Pero qué parte? —preguntó Chat.

Reflexionaron. Evangel fue la primera en lanzar una hipótesis:

—Tiene que ser por ti, Chat.

—¿Qué? No hemos hablado de él ni de mí. Ya sabéis lo que opino de Edvin. No es para mí.

Frikchar citó a Oberus con una media sonrisa, provocador.

“Tu poder me conquista sin que quieras, sin que consienta”.

Cháterlin se sintió desnudada por su padre. No quería herir a Evangel, ni alimentar esperanzas en Edvin. Pero ahí estaba todo, enredado.

Evangel, por su parte, sentía hervir pensamientos confusos. Chat no era culpable, ¿pero lo era? ¿Y si jugaba con él sin saberlo? ¿Y si ella misma estaba inventando un vínculo que no existía? Las preguntas se multiplicaban como cuchillos sin filo.

Frikchar retomó la palabra.

—Ahora que sabéis el porqué, toca el dónde. Quizá debáis perderos un poco para encontrarlo. A veces, solo desde fuera se ve el centro.

Helna, aún nublada, no sabía qué pensar. Frikchar era una mezcla de sabiduría, teatro y alcohol. Chat lo amaba y lo odiaba a partes iguales. Evangel decidió moverse:

—Intentaré averiguar algo. Interrogaré a quien sea. Ya me conocéis. Tras una despedida excesiva, desapareció entre sombras y antorchas. Su silueta se fundió con la noche.

—Tal vez yo también deba irme —dijo Helna.

—¿No querías hablar con mi padre? —preguntó Chat.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —ofreció Frikchar, amable.

—Quería quedarme a cenar —dijo Helna, dudosa.

—Precisamente ahora es cuando más lo necesitas —respondió él.

—Pero con todo esto de Edwin...

—Querida Helna, sea lo que sea lo que le está ocurriendo, tú no puedes evitarlo. No eres responsable de todo. No más que él.

—¡Pero soy la primogénita! Esa es mi carga.

—Y no de sus éxitos. Eso, Helna, es lo que tu generación debería cuestionar.

—¡Se lo digo siempre! —apuntó Chat.

—Eso es, como poco, injusto —concluyó Frikchar.

Helna pensó en su encierro, sus cicatrices, las visitas limitadas, y la única que pudo ver: Chat. Todo eso, por culpa de esa tradición absurda. Chat parecía haberlo olvidado. Frikchar, simplemente lo ignoraba. Ella no podía.

La oscuridad cayó como un telón. En ese instante, aparecieron Avisna y Garvin, los padres de Helna.

—Te lo dije, Chat. Tu padre avisaría a los míos —susurró Helna, derrumbándose en un taburete.

Frikchar se adelantó con teatralidad:

—¡La familia Colinanevada en mi humilde morada! Tengo salmón con grosellas y vino de Segen.

—¡Papá! Recuerda... —Chat hizo un gesto que apuntaba a la zona delicada de su padre—. Olvida el vino.

Avisna la saludó con un apretado gesto, y Garvin, tras aceptar la oferta, fulminó a Helna con la mirada.

—Helna. Por la Hija, ¿dónde demonios está tu hermano?

Helna se tapó la cara, rota.

—Te lo dije, Chat. Ha llamado a mis padres...

Y ya nada importaba. Ni la cena, ni Frikchar. Todo giraba en torno a Edvin y a lo que vendría después.

El salmón asado maridaba bien con la salsa de grosellas que preparaba Frikchar. El chamán dio buena cuenta de un gran filete y, más cuenta aún, del vino de Segen que había puesto sobre la mesa, para desesperación de Chat. Helna y Avisna apenas probaron bocado. Garvin emuló a Frikchar con el vino y Chat cenó de forma frugal. El ambiente habría resultado gélido de no ser por las bromas de Frikchar. Su risa teñía el aire de falsa normalidad. Si hubiese guardado silencio, un funeral aélico habría parecido una celebración.

—¿Conocéis la historia del salmón de Sogona? —dijo Frikchar, con la copa en la mano y una sonrisa que ocultaba cuchillas—. Permitidme que siga acaparando la conversación y os lo cuente. Le ocurrió a un comerciante de Laserta que transportaba dos cajas repletas de salmones —cincuenta en cada una— rumbo a Sogona. Cada mes cruzaba la frontera entre prefecturas para vender su pescado al viceprefecto sogón, haciendo siempre una parada en una taberna de Bugen, a mitad de camino, donde descansaba y tomaba una jarra de cerveza. Pues bien, en una ocasión, coincidiendo con una época de

escasez en Bugen, el vice de allí le pidió que le vendiera su carga de salmón. El comerciante se negó: tenía la mercancía reservada y, además, le ofrecía muy poco dinero. Sin embargo, el vice insistió una y otra vez, subiendo su oferta mientras lloraba por las calamidades de sus vecinos. Tras un considerable forcejeo, accedió a regañadientes, provocando —como podéis imaginar— una histeria en el pueblo que casi le deja sin un solo salmón en el carro. Después de mucho pelear, consiguió abandonar el lugar con un cajón vacío y apenas tres salmones en el otro. Durante el resto del trayecto hasta Sogona, los remordimientos de conciencia lo acompañaron, dándole vueltas a la excusa que podría presentar a su cliente predilecto. Ninguna le pareció convincente, así que, finalmente, decidió decirle la verdad. Cuando el viceprefecto de Sogona escuchó lo ocurrido, dibujó una amplia sonrisa y llamó a su lacayo, que se acercó con una bandeja en las manos. Sobre ella reposaban tres brillantes pepitas de oro, cada una del tamaño de una nuez. “Ahí tienes, comerciante —dijo—. El pago por tus tres salmones.” El comerciante, atónito, respondió: “Pero... esto es mucho dinero, mi señor. No puedo aceptar tanto por tres salmones. Y menos después de haberos fallado.” El vice sonrió, afable, y replicó: “Llevas años sirviéndome bien. Tenía pensado pagarte a pepita el salmón. Lástima que solo hayan llegado estos tres”. El comerciante, sin saber muy bien cómo encajar aquellas palabras, aceptó el pago con humildad y resignación. De regreso a su carreta, rojo de ira, emprendió el camino de vuelta a Laserta con la vana esperanza de recuperar sus salmones y regresar a por más pepitas de oro. Sin embargo, al llegar, encontró un pueblo muy distinto al que había dejado. La gente no languidecía. Los niños sonreían. Y en la plaza central, una gran hoguera alumbraba la fiesta mientras decenas de

salmones se asaban al calor de las llamas. Había música, bailes, y un júbilo que parecía brotar directamente del corazón del río.

Todos sonrieron menos Chat, que ya la conocía. Frikchar era bueno contando historias. Especialmente con vino.

—Una buena historia —dijo Garvin levantando la copa—. Aunque la moraleja se me escapa.

—¿Más allá del remordimiento convertido en bendición? —respondió Frikchar encogiéndose de hombros.

—¿Recuperó algún salmón? —preguntó Chat, por fin.

—No —dijo Frikchar, escueto.

—¿De ahí viene lo de “más caro que un salmón de Sogona”? —preguntó Helna.

—Exactamente.

Avisna habló por fin, helando la sala más que el propio Yermo.

—Fascinante, como siempre, Frikchar. Y gracias por la cena. Ambas exquisitas.

—La cena es lo mínimo. Con el estómago lleno se piensa mejor —respondió el chamán, ladeando la cabeza.

—Lo que necesitamos es acción, no refranes —dijo Avisna con sequedad—. Edwin está desaparecido. Camino del Yermo.

La palabra cayó como una losa. Helna tragó saliva. Avisna la miró con la frialdad de quien considera el juicio ya celebrado.

—El chico regresará cuando le duelan los pies —dijo Garvin, intentando quitar hierro.

Frikchar lo observó en silencio. Garvin era una figura gastada, con más peso en el vientre que en los hombros. Avisna, por el contrario, aún era una presencia imponente, una tempestad controlada.

—Ojalá bastara con desearlo —replicó ella.

Chat miró a Helna con compasión. Helna, en cambio, callaba. Ya no tenía espacio para más culpa.

—Sabes que no podemos organizar una batida de noche —dijo Garvin—. No arreglaremos nada si acabamos todos perdidos.

Avisna se mordía el meñique, lo que Helna reconocía como una señal de peligro inminente. Chat le apretó la mano.

Frikchar preparaba té. Le añadió unas gotas traslúcidas, casi invisibles. Algo para calmar lo incalvable.

—¿Y qué propones, Garvin? ¿Que lo dejemos a su suerte? ¿Que recoja sus huesos un oso escarchado? ¿Si alguien hubiera estado atento...!

Helna sintió las palabras como agujas bajo la piel.

—Mamá, no puedo vigilarlo todo el tiempo...

—Y sin embargo es tu deber. Ya hablaremos en casa de a quién pertenece tu vida.

Garvin quiso intervenir, pero se tragó sus palabras. Frikchar golpeó la mesa con los nudillos.

—Es suficiente. El té está servido. Es de Pavala. Muy refinado. Y calmante.

—Hay que llamar a Igen —dijo Avisna, sin moverse.

—¡Por los Mil Dioses! —exclamó Garvin.

—Estoy con Garvin —añadió Frikchar, bebiendo con pausa—. Llamar a Igen es como gritar fuego en una habitación llena de mechas. Nos encerrará, confiscará las casas y verá traiciones por todas partes. ¿Lo queremos realmente?

—Mamá, no lo llames —suplicó Helna. Su voz se rompía.

—No deberías ni estar aquí —le espetó Avisna—. Y menos opinar. Y tú, chamán, invocar a Yahav'ma por un mocosito... ¿No has apuntado muy alto?

Frikchar sonrió. Helna se ahogaba en angustia. El nudo en la garganta apenas la dejaba respirar. Chat le apretó la mano. Y entonces, por fin, algo se quebró en Avisna.

—Pero... Edwin está ahí fuera. Solo. Con monstruos. Y tú aquí, con tus planes —dijo, entre lágrimas, mientras Garvin la abrazaba.

El muro cayó. Avisna ofreció su mano a Helna. La tomó. Por fin, una tregua.

—Debemos esperar a mañana —dijo Frikchar, con voz templada—. Si Igen se entera, hará de esto una cruzada. Nos encerrará, verá traidores, y el pueblo perderá la cabeza.

Todos asintieron. Igen Ola Nocturna era eficaz. Y peligroso cuando olía drama en el aire.

Si había una posibilidad remota de secuestro, agresión o desaparición, Igen Ola Nocturna no esperaba confirmación. Confinaba. Cerraba puertas, interrumpía celebraciones, ponía a los centinelas a girar sobre sí mismos, reforzaba las empalizadas, prohibía reuniones públicas y obligaba a toda mujer en edad fértil a permanecer en casa. Su obsesión tenía un nombre grabado a fuego en la historia del Protectorado: el Arreglo de Malonia.

Aquel suceso atroz, casi borrado de los anales oficiales pero todavía vivo en el corazón de Punta Dormida, había dejado un eco imborrable. En la época de los pioneros, los fundadores de la ciudad de Malavega —soldados, mercenarios, aventureros sin escrúpulos— habían invitado a los habitantes del vecino pueblo de Malonia a un banquete. Rieron, brindaron y, cuando el vino emborrachó la razón, cerraron las puertas y degollaron a todos los hombres. Las mujeres fueron arrastradas fuera, convertidas en botín de fundación. Así se sembró el

futuro de Malavega. Así se marcó a fuego la psique de todo el norte de Nonan.

Hoy, los Arreglos de Malonia aún se practicaban —sin cuchillos, con votos, promesas y grandes dosis de Prado— pero su espíritu, ese miedo a perderlo todo por una traición envuelta en sonrisa, seguía latiendo. Y Igen lo sentía en cada ausencia. Lo llevaba clavado en la nuca desde que enviudó al poco de nacer Evangel. El pueblo era su escudo y su carga. Cada habitante, una pieza irremplazable.

Y por si fuera poco, estaban las desapariciones.

No se hablaba de ellas con claridad, pero todos las recordaban. A veces eran niños, otras ancianos. Incluso jóvenes. Un día estaban, y al siguiente no. Sin rastro. Sin aviso. Sin huella. Algunas voces decían que era la tierra la que reclamaba lo que se le debía. Otros culpaban al hielo, al olvido, a algo más antiguo y más hondo. La única certeza era el miedo. Un miedo que dormía en la base del cráneo de todos, esperando despertar.

Por eso Igen reaccionaba como lo hacía. Por eso su primer impulso ante una desaparición era apretar los cerrojos y contar cabezas. Porque no era solo Edvin. Era todo lo que Edvin representaba.

Avisna comprendía el peligro. Helna lo intuía, a pesar de todo lo que cargaba sobre los hombros. Garvin lo temía en voz baja. Y Frikchar... Frikchar lo aceptaba. Lo tejía en sus cuentos y en sus pausas. Y lo soplaban en el vapor del té que servía con mano firme.

La noche cayó como una campana de silencio. No hubo muchas palabras más. Solo miradas. Solo respiraciones largas. Solo pensamientos que arañaban las costillas.

Demasiadas razones para esperar. Solo una para no hacerlo: mi hijo está ahí fuera.

Ese pensamiento fue el único abrigo que Avisna se permitió de regreso a casa.

—Todo se verá diferente por la mañana —dijo Frikchar.

Nadie respondió. Porque sabían que era mentira. Pero necesitaban que sonara a verdad.

III – La Piedra de Vim Dosmanos

La indiferencia del amanecer hacia los problemas terrenales era implacable. Xa bañaba con sus rayos matutinos las desiertas calles de Talona. Algunas tiendas abrían. El olor a pan recién horneado inundaba el ambiente. Se escuchaba algún rebuzno animal al ser arreado y poco más.

Avisna pasó casi toda la noche sentada junto a la única ventana que le permitía mirar en dirección norte, hacia el talud donde Evangel vio desaparecer a Edvin. Helna tampoco durmió gran cosa, acosada por sueños breves y angustiosos que la desvelaban continuamente. Garvin fue el único que durmió a pierna suelta, sin duda ayudado por el buen vino que había compartido con el chamán y ciertas gotas en el té.

Pasaron las primeras horas de la mañana. Garvin informó a Avisna que era necesaria su presencia en los campos. Estaban en plena cosecha de remolacha y había mucho trabajo que hacer. Parte de la subsistencia del pueblo dependía de las cosechas de los Colinanevada, incluidos sus cultivos de Prado. Avisna lo entendió. Le pidió que, al menos esa mañana, la excusara de sus obligaciones. No hizo falta que terminara la petición. Nada podía ser más obvio.

Sobre todo estuvieron en la cocina. Compartían la misma estancia, aunque las palabras entre ellas escaseaban. Esperar atenazadas por la preocupación y el remordimiento dejaba muy poco espacio para que fluyeran las conversaciones. Algo sobre un té. Una pregunta sobre si alguna de las dos tenía hambre, que recibió una respuesta negativa. Y poco más. Así rellenaron, entre suspiros y silencios, las horas de la

mañana. Para cuando Garvin llegó al mediodía, las almas de madre e hija estaban quebradas.

Helna había preparado algo de comer. Apenas probaron bocado los tres. Garvin no tenía intención de volver a los campos esa tarde. Había dejado las tareas repartidas entre su capataz y otros subalternos. La recogida de la remolacha estaba bien encaminada y podía aprovechar para pasar tiempo en casa. Poco después recibieron la visita de Chat y de Frikchar. Tampoco traían novedades. A media tarde se dejó caer Evangel. Su nerviosismo azaroso sirvió al menos para cambiar el tono lánguido de la jornada. Cuando se cumplía un día desde que Edwin se había marchado, Avisna no aguantó más.

—Hemos esperado suficiente, Garvin. Tenemos que informar al vice. Garvin asintió de forma apenas perceptible. Se sentía como una estatua de arena a la orilla de un lago, cuyo lento oleaje lo iba devorando sin prisa. Sabía que su mujer tenía razón. Ni Frikchar ni Helna se oponían ya. Era obvio que no podían ocultar su desaparición por más tiempo y para organizar el operativo de búsqueda el vice debía ser informado.

Por la infamia de Glepi, Avisna. Tu marido y yo hemos retenido lo inevitable. Ahora trataremos de contener como podamos la furia enloquecida de Igen.

Frikchar no pudo verbalizar su pensamiento. Por suerte, Garvin tomó la palabra.

—Está bien. Helna, ven conmigo. Informaremos entre las dos a Igen. Con un poco de suerte no se volverá loco y podremos organizar las partidas de búsqueda antes de que se nos vaya la luz.

Todos estaban repartidos por distintas zonas del porche. Unos sentados y otros de pie, excepto Evangel que iba de aquí para allá,

deambulando con indiferencia como si hiciera el vuelo de una mosca a ras de suelo.

—Frikchar, ¿nos acompañarás? —preguntó Garvin.

—Eso ni lo dudes, amigo. Faltaría más.

Evangel rompió la tensión al ponerse a dar saltos y palmas al mismo tiempo. Los gestos ceñudos de todos los que la rodeaban censuraron ese arranque de alegría espontánea fuera de lugar. Los prejuicios iniciales se disiparon cuando cayeron en la cuenta del significado de sus gestos. Señalaba hacia el camino que bordeaba la finca.

—¡Mirad! Por los Mil Dioses y la Madre. Mirad quién está ahí.

Los que no estaban en pie, se levantaron. Los que ya lo estaban, echaron a correr en la dirección que había señalado Evangel. Vislumbraron un cuerpo flaco, que llevaba una camisa caqui llena de manchas y girones; unos pantalones destrozados que mostraban unas rodillas ensangrentadas, ojos hundidos y unos labios amoratados. Llevaba el pelo alborotado y sucio. Aplanado en un lado y lleno de barro seco en el otro. Edvin llevaba los brazos cruzados, con las manos bajo sus axilas. Estaba herido y muerto de frío.

—¡Edvin, por la bendición de Nede! —gritó Avisna sin dejar de correr hacia él.

Madre e hija corrieron a abrazarlo. Frikchar adoptó su sonrisa complaciente mientras colocaba sus brazos en jarra y apoyaba las manos en sus caderas. Garvin miró al cielo y entonó una plegaria en susurros dándole las gracias al Dios del Hielo. Chat y Evangel se miraron sonrientes y se acercaron a paso lento hacia Edvin. Una, complacida por su amiga; la otra, por sí misma.

—Míralo, con cuatro mujeres yendo hacia él, como si fuera Vim Dosmanos —dijo Frikchar.

—Maldito crío —refunfuñó Garvin.

Antes de que pasara una hora, después de un baño caliente, un cambio de ropa, un buen vaso de leche y pan de cebolla con embutido, Edvin se sintió renacer. Volver a ser el centro de atención en la mesa lo complacía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

La crisis había pasado y todo el mundo había vuelto a sus casas. No hubo que avisar a Igen, lo cual permitía respirar tranquilos al fin, al evitar que un problema se agravara con otro aún mayor. Tras dejar que comiera y se aseara, sus padres consideraron que ya le habían dado suficiente margen. Era el momento de pedir explicaciones.

—Por la Madre, Ed... ¿En qué estabas pensando para largarte así?

Helna sintió cómo Edvin buscaba su mano por debajo de la mesa y la apretaba con fuerza, entrelazando los dedos. Dudó un instante. Aún estaba dolida por su insensatez. Pero sintió su piel helada y se relajó. Decidió adoptar un tono conciliador, aunque solo fuera por el bien común.

—Sí, hijo mío. ¿Por qué has hecho una estupidez así? Tenías a tu madre y a tu hermana desquiciadas.

—Y a ti también, Garvin. Aunque lo disimules —añadió Avisna con su habitual tono gélido, sin mirar a nadie en particular.

—Cierto... y a mí, Edvin. Si llegamos a movilizar un grupo de búsqueda, no quiero ni imaginar el desastre. Y si llegamos a molestar al vice por esto, te juro que te mudas a su casa para que te lo recuerde el resto de tu vida. Lo aguantas tú.

Edvin miró con consternación a su padre y luego al resto de la familia. No le costaba mostrar arrepentimiento: sabía que se había excedido. Pero la llama de su causa seguía viva. Necesitaba cumplir con su plan, aunque no pudiera revelarlo todavía. Al menos no a sus padres. A Helna, tal vez sí... más tarde... y con suerte, implicarla.

—Os pido disculpas. Pensé que era buena idea explorar la ruta del Yermo como preparación para el Targ Hadaln. Quiero hacerlo este año. Pero antes debía asegurarme de que era capaz —hizo una pausa, bajando la mirada—. Está claro que no lo estoy.

Garvin se echó las manos a la cabeza. Avisna elevó ambas cejas más de lo habitual.

—¿El Targ Hadaln? Edvin, por... ¿Qué te ha dado? ¿Acaso el Yermo te ha contagiado la locura del Dios Castrado? ¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Helna, soltando su mano con el desdén justo para no ser ofensiva—. Hace décadas que nadie hace eso.

—Cierto, hijo. ¿Qué necesidad hay? —dijo Garvin, visiblemente incómodo—. Ni siquiera yo tuve que hacerlo, ni casi nadie de mi generación. Es una barbaridad. Y menos si piensas enfrentarlo tú solo. Había una vieja costumbre en Punta Dormida, un vestigio de épocas más crudas y menos indulgentes. La llamaban el Targ Hadaln. Sobrevive, y serás adulto. Así de simple. Así de brutal. Los jóvenes eran abandonados en mitad del bosque, sin más arma que su ingenio, y debían valerse por sí mismos durante un ciclo entero de lunas. Volvían cambiados, o no volvían en absoluto. Y si el bosque los aceptaba, se les otorgaban tierras, casa y nombre entre los adultos. Si no, quedaban en manos de la Madre, envueltos en funeral y leyenda.

Con el tiempo, la tradición se suavizó. Ya no se mandaba a nadie solo, y desde luego nadie con un mínimo de sensatez lo intentaba en el Yermo. Ese lugar no ofrecía pruebas: solo castigos. Y Edvin, para cuando se desplomó medio congelado en casa, apenas había arañado las primeras horas.

Avisna se sentó frente a Helna, con Edvin a su derecha. Garvin, aunque seguía sereno, había cruzado los brazos.

—Entiendo que quieras demostrar tu valía. Es loable —dijo Avisna, sin ternura—. Pero no puedes jugar así con nuestras vidas. Nos has tenido al borde del colapso. No puedes darnos estos sustos.

—Hubiera sido una muerte honorable —dijo Edvin, con orgullo bisoño.

—Hubiera sido honorable si el Targ Hadaln hubiese sido autorizado como es debido —replicó Garvin—. Nadie lo ha hecho a escondidas y ha triunfado. Esto no es una tarta sorpresa, muchacho.

—No necesitas demostrar nada, Ed —dijo Helna, conteniendo el impulso de lanzarle otra reprimenda.

Tal vez eso valga para ti, pensó Edvin. Pero no para mí. No para ganarme el corazón de Cháterlin.

Su cabeza iba a toda velocidad. Quería confesar la verdadera razón: lo del Hueso de la Madre, lo que había escuchado en la conversación de Chat y Helna. Pero todo le llevaba a lo mismo: que estaba idiota por una chica. Y si su familia se enteraba, se reirían. Siempre se reían. Él era Edvin, el torpe, el despistado, el que no memorizaba ni el nombre de cuatro ríos. Dos años más que Helna en los mismos estudios y aún así sin futuro claro. Mientras ella brillaba, él seguía en la sombra. Tal vez, si pasaba la prueba... Tal vez entonces Chat lo vería distinto.

Pero eso no podía decirlo. No allí. No así.

—Yo conozco a uno al que esa idea le va a fascinar —dijo Avisna.

Helna la miró, confundida. Luego abrió los ojos, dio un respingo y gritó:

—¡Igen!

Garvin asintió con resignación. El vice prefecto era amante de las tradiciones, y un Targ Hadaln, bien planteado, sería música para sus oídos.

Garvin, que aún estaba de pie, se sentó y se recostó, cruzando los brazos con aire pensativo. Luego dio un suave golpe con los nudillos sobre la mesa.

—Si vas a hacer el Targ Hadaln, Ed... hagámoslo bien —miró a todos con una chispa de satisfacción en los ojos—. Tengo una idea. Y es de las buenas.

Esa noche todos lograron dormir a pierna suelta, reconfortados por el cálido abrazo de la Madre. Menos Edvin. El día siguiente era Aqut, el segundo descanso semanal. Era la fecha perfecta para que Garvin celebrara la buena marcha de la cosecha y, de paso, revelara a todos cuál era su plan. Vendría mucha gente del pueblo: vecinos, trabajadores de la granja y, por supuesto, Frikchar, Cháterlin y Evangel. El invitado estrella sería Igen Ola Nocturna, el vice prefecto de Talona. Garvin y Avisna cocinarían una gran olla de Remolcaimán (o cazuela de campiña; o potaje de la pradera. Según en que zona de Punta Dormida te encontrases se llamaba de una u otra forma) que haría las delicias de los invitados.

Había confirmado su presencia Fogrir Aliento Mortal, dueño del matadero de ganado y miembro del consejo del pueblo. También asistiría a la comida la barda Mirana Hoja de Sauce, amor platónico de Edvin. No faltaría a la cita la señora Farnag Piedetarro, a pesar de su embarazo. Liri y Brock Arroyolimón tampoco se lo perderían por nada del mundo, y traerían con ellos unas cuantas libras de su vino especiado. Y, por supuesto, toda la familia Herradura al completo, con los inseparables trillizos Farzeen, Farzan y Fardin. Sus padres, Mitra y Farman, no veían el momento de librarse de los escandalosos retoños para correrse una buena juerga, por lo que la ocasión no sería desperdiciada. Los Colinanevada lograban darle un punto increíble a

la carne de caballo y caimán del remolcaimán. Y la remolacha no iba a faltar. Las principales figuras de Talona no podían desperdiciar semejante oportunidad.

Se adelantaba el festival de la cosecha de remolacha, pero nadie pediría cuentas por tener un motivo de celebración extra fuera del calendario oficial. Lo normal hubiera sido cosechar en el mes de Mohomn, más entrado el verano. Aún no habían terminado los últimos días del mes de Soenm y la tierra ya daba señales de que sus frutos estaban listos. Y en una abundancia sin precedentes. Las buenas noticias no se prodigaban, así que nadie le iba a hacer ascos a nada. La historia del regreso con vida de Edvin después de pasar una noche en el Yermo había corrido por los mentideros del pueblo como un perro al que le hubieran atado una antorcha al rabo.

Ya amanecía y el día se preveía agitado. Helna se estiró en la cama, observando distraída por la ventana, dándose unos minutos más de tiempo antes de que empezara el jolgorio. Tenía el pelo enmarañado y los ojos hinchados a causa del sueño. Estaba casi destapada, con la manta arremolinada en sus pies, cubriendo su cuerpo solo con una camiseta sin mangas que no disimulaba sus sensuales curvas. Solía dormir de esa guisa. Una brisa de aire erizó su piel. Se sobresaltó al comprobar que Edvin estaba de pie, apoyado en el marco de la puerta, con la mirada puesta en la misma ventana.

—¡Edvin! —gritó Helna dando un bote y agarrando la manta para taparse—. ¿Qué haces ahí mirando? Eres un poco mayor para estas tonterías, ¿no crees?

Edvin no dijo nada. Pasó de mirar la ventana a observar el suelo, ruborizado. Se mantuvo en silencio.

—¿Edvin? Intimidación, por favor.

Helna se había sentado en la cama, con las piernas recogidas y tapada, ahora sí, hasta las axilas. Su hermano no parecía reaccionar.

—¿Estás bien?

Al final, Edvin rompió el silencio con un hilo de voz en tono cansado.

—Lo siento, Helna.

Giró despacio y abandonó la habitación. Helna dio un salto de la cama, se vistió con lo primero que pilló y corrió detrás de Edvin. Andaba con pasos lentos y cortos, por lo que enseguida Helna lo alcanzó, cogiéndole de la mano. Estaban en el pasillo distribuidor que daba acceso a todas las habitaciones de la casa. Sus padres se habían puesto en marcha desde bien temprano. El reparto era poco equitativo entre los hermanos.

Le obligó a que la mirara a los ojos. Edvin tenía unas profundas ojeras que certificaban que había pasado la noche en vela.

—¿Qué sientes, Ed? Tienes mala cara. Vamos a la cocina. Te prepararé un té y hablamos.

Edvin no discutió. Obedeció sin más y siguió a Helna. Al rato se sentaron frente a unas tazas grandes repletas de un humeante líquido negruzco.

—¿Qué pasó en el Yermo?

El chico estaba sentado con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante y la espalda encorvada. Ladeaba la cabeza hacia un lado mientras contemplaba cómo el humo se escapaba de la taza. Era el momento de iniciar la primera parte de su plan.

—Siempre lo estropeo todo, Helna. Todo lo que toco, todo lo que pretendo, acaba en... fracaso.

—¿Por qué dices eso? Sabes que no es verdad.

—Venga. No disimules —replicó Edvin sin acritud—. Sabes que tengo razón. Soy el torpe, el desastre. Casi te estropeo la carrera por plantear

la estupidez de cruzar el Yermo a solas. No pensé en las consecuencias que eso tendría para ti.

—Por fortuna no ha pasado nada, Ed. No ha habido nada que lamentar.

—¿Y qué harás cuando sí haya que lamentar mi actitud? Mírame, soy un fiasco. Ni siquiera voy a ser capaz de aprobar las pruebas finales porque no tengo redaños a aprenderme los afluentes del Cabeza de Flecha. Por los Mil Dioses, si hasta se me olvida el nombre del río que pasa por el pueblo. Helna, no me centro. No soy capaz de pensar y siento que mi cabeza va a explotar.

Y aquí estoy yo para sacarte de un nuevo pozo, como siempre, hermanito.

—Como disculpa te la acepto. Pero me parece que aún estás afectado por lo que te ha pasado. Respira hondo. Deja que pasen unos días y haz todo lo posible por acabar el curso. Sabes que yo te ayudaré.

—Y luego está Chat —dijo, sin escucharla y cambiando de tema.

Helna estaba esperando que Chat saliera en la conversación. No era difícil comprobar que gran parte del problema de Edwin se lo estaba provocando su obsesión por Cháterlin.

—Sí. Ya me imagino. Siempre aparece Chat.

—Y qué le voy a hacer. Pensé que, si ayudaba a su padre, ella, al menos, sabría que existo. Pero ya ves cómo ha funcionado el plan.

Helna dio un respingo. Así que esa parte fue la que escuchaste detrás del leñero. Por la Madre, Edwin, qué infantil puedes llegar a ser.

—No entiendo... Cuéntame eso del padre de Chat. ¿Ayudarle a qué?

—Os estuve espiando hace dos días —a Helna le satisfizo que Edwin no tratara de mentirle con eso—. Escuché que Frikchar intentaba conseguir, ya sabes, algo de polvo de la Madre para... sus dolores.

Edvin hizo un gesto con la cabeza en dirección a su trasero.

—Así que nos estuviste espiando...

—Venga, Helna. No te quedes con esa parte solo. ¿Quieres que te cuente lo que me pasó o no?

—Claro que sí. Pero en algún momento debemos hablar sobre espiar conversaciones privadas.

—Tal vez luego. Por ahora, escúchame. Me vino a la cabeza las leyendas sobre los yacimientos infinitos de Hueso de la Madre que nos contaron de pequeños. Ya sé lo que vas a pensar: que son fábulas para niños y todo eso. Pero toda leyenda tiene algo de realidad. Y el hecho de que nadie los haya encontrado no significa que no existan.

Helna escuchaba atenta, asintiendo con la cabeza y dando cortos sorbos al té, que ya se iba templando.

—De repente me vino la Madre a ver y tracé un plan. No necesitaba encontrar los pozos, solo alguna lasca o pepita a ras de suelo. Si los pozos existían, tal vez, a su alrededor, aunque fuera a leguas de distancia, quizás podría encontrar algo. Se lo llevaría al chamán para que se aliviara y, en ese momento, Chat...

Helna decidió que había escuchado suficiente y levantó ambas manos para pedirle a Edvin que parara.

—Edvin, detente un segundo. Hay tantos agujeros en ese plan que no sé por dónde empezar.

—Lo sé. Ya te lo he dicho. Soy un torpe, un descerebrado, un...

—¡Y un egoísta! —interrumpió Helna de pronto, con una mirada cargada de cansancio y rabia contenida—. ¿Sabes cuántas veces he tenido que salir corriendo detrás de ti para tapar tus estupideces? ¿Sabes cuántas veces me han reprendido, castigado o humillado porque tú no sabes pensar más allá de tu ombligo? Estoy harta, Edvin. Harta de que el mundo se desmorone cada vez que a ti se te ocurre

tener una brillante idea. ¡Y lo peor es que ni siquiera lo haces por maldad!

Edvin bajó la mirada. El golpe era merecido. Aun así, murmuró:

—No sabía que te dolía tanto... Yo solo... no quiero ser un peso para ti, Helna. Quiero demostrar que puedo valer para algo.

Helna lo miró fijamente. Su expresión se suavizó poco a poco. El dolor de Edvin era sincero. Y eso la desarmaba más que cualquier excusa barata.

—Eso lo entiendo, Ed. Pero no puedes arrastrarme contigo cada vez que te hundes. Yo también tengo mis propias luchas. No soy invencible.

—Lo sé. Por eso estoy aquí. Porque solo tú puedes ayudarme a pensar con claridad. Porque, pese a todo, siempre me has salvado.

Helna respiró profundamente y Helna lo emuló, exhalando con cierta exasperación. Luego agarró la taza de té con ambas manos e inhaló su fragancia para templar los nervios. Aunque a Edvin no se le adivinaba, estaba satisfecho con el progreso de la conversación.

—¿Eso crees?

—No es que lo crea. Es que es así.

Edvin asintió. Luego espetó:

—Encontré la piedra, Helna.

Ella se quedó en silencio.

—¿Cómo dices?

—La piedra. La de las leyendas. Es real. La vi. Copié sus inscripciones. Las perdí, pero recuerdo el lugar.

Helna se puso tensa.

—No puede ser verdad, Ed. La piedra es un mito.

—La vi. Es tan real como tú y yo. Si existe, los Pozos también podrían existir.

—¿Tienes las inscripciones?

—Las copié, pero las perdí en una ventisca.

—Por la Madre... —susurró Helna.

—Por eso quiero hacer el Targ Hadaln. Volver allí con preparación. No tengo talento para los estudios, ni para la política. Pero esto... esto sí que puedo hacerlo. Si vuelvo con vida, seré alguien. Podría ofrecerle algo a Chat. Y a todos.

—Tal vez ofrezcas tu vida —dijo Helna en voz baja.

Bien, pensó Edvin. La semilla está plantada.

Helna estaba en shock. Si Edvin decía la verdad, todo cambiaría. Y si mentía... entonces lo mataría.

—¿Se lo has contado a alguien más?

—Solo a ti.

—Bien. No se lo cuentes a nadie. Promételo, Edvin. Ni a Chat, ni a Evangel, ni a nadie.

—Lo prometo. Te haré caso.

Helna asintió.

—Vale. Tenemos mucho trabajo por delante. Y ahora, ayúdame. Hoy tengo mil cosas que hacer. Si quieres mi perdón completo, ponte útil.

—Lo haré, lo prometo.

Helna suspiró. No sabía si acababa de meterse en algo grande... o en la mayor locura de su vida.

